

CAPÍTULO II

EL RETROCESO DE LAS CRUZADAS

¡Qué diferencia entre la primera y las posteriores cruzadas! Europa encontró en ellas lo que no había buscado, el principio de la democracia; y no encontró lo que buscara con tanto anhelo, el término de su inquietud religiosa. Allá, en la pobre Palestina, habíanse quedado unos cuantos héroes, que creyeron vencer con las virtudes de la fe las fatalidades de la naturaleza; y bien pronto exigió el desencanto una nueva cruzada. Por fortuna para la Iglesia tenía en su seno á la sazón predicador tal como San Bernardo, que pudo mover á una segunda cruzada, sin sentir el mismo entusiasmo que encendía y comunicaba. Por el contrario, hablando de un cierto peregrino que marchara á Tierra Santa, describe con los mas vivos colores de su elocuencia los anhelos sentidos en el largo viaje, las ansias al través de los mares y de los desiertos, y luego, los desengaños subsiguientes á estas ilusiones y á estas esperanzas, desengaños de tal suerte intensos y amargos, que inspiran interior reconvención al mismo peregrino, por haber buscado á Dios en rincón de la tierra y en reducido espacio cuando Dios se encuentra presente á un mismo tiempo en la inmensidad de los cielos infinitos y en la inmensidad también de la humana conciencia. Lo cierto es que San Bernardo, tan gran general de la cruzada teológica contra Abelardo y de la cruzada política contra Arnaldo, no quiso ponerse, á pesar de habérselo pedido así los cruzados mismos, al frente de la cruzada militar contra los turcos. Iban, sin embargo, en ella doscientos mil hombres mandados por príncipes imperiales, por condes

feudatarios, por señores de horca y cuchillo, por Obispos militares, á cuya cabeza marchaban el Emperador de Alemania Conrado, el rey de Francia Luis VII y la reina Leonor, mujer de Luis VII, que acompañaba sin amarle á su esposo, y que dirigia, como cualquier general aguerrido, las huestes de sus propios vasallos, los gascones. Llegaron primero los alemanes á Constantinopla; y le faltó tiempo al Emperador de Constantinopla, Manuel Comneno, para lanzarlos sobre el Asia menor, donde consumieron tristemente en caminatas, á veces sin guía y sin objeto, su fe y sus fuerzas. No pudieron llamarse mas afortunados los franceses. Su vanguardia estuvo á punto de perecer mil veces. El Emperador de Constantinopla los traicionaba, y les servia exploradores que los extraviasen por ignoradas rutas. El rey mismo tuvo que ceder la autoridad material sobre el ejército á un simple caballero, mas afortunado ó mas inteligente. Las ciudades griegas recibian á los fugitivos turcos; y rechazaban á los pobres cruzados cristianos. Las naves mismas, que compraban á precio de oro, los vendian y los sepultaban implacablemente en los mares. Los mas felices fueron los muertos; porque los vivos viéronse, ó bien condenados á esclavitud, ó bien constreñidos á recibir y abrazar la religion de los turcos. Aunque Luis VII pasó por Antioquía, aunque llegó á Tierra Santa, nada arbitró, ni para vencer, ni para consolidar las victorias de sus antecesores. Su rivalidad con Raimundo de Poitiers le obligó á abandonar Antioquía antes de sazón; y su rivalidad con el Emperador de Alemania le obligó á levantar el sitio de Damasco con ignominia. Volvió á Europa, no como rey, como fugitivo. Mil veces se dijo que el señor de Francia quedaba esclavo de los griegos y de los turcos. Su mujer Leonor, indignada de tanta cobardía, se apasionó hasta por los enemigos de su esposo, y hay quien dice que aceptó presentes del jefe de los mahometanos y amores de un siervo sarraceno, y llegada á Francia pidió el divorcio ante un concilio, y obtuvo un nuevo esposo, separando su persona de la persona de Luis VII y sus estados, que formaban todo el Mediodía, de todo el Norte de Francia.

La inteligencia menos observadora tendrá que comparar con verdadero dolor la distancia inmensa entre la primera y la segunda cruzada. Los monjes predicán y fascinan, los Papas bendicen y exaltan, las familias salen de sus hogares, y los pueblos de sus fronteras; reciben los indiferentes husos y rue-

cas que indican su cobardía; treguan los señores feudales paces fundadas en el amor á Dios; los caballeros requieren las armas seguidos de los trovadores que pulsan el laud; dejan los Césares y los reyes sus pueblos huérfanos y sus tronos vacíos para socorrer á los cristianos que tienen las rodillas callosas de postrarse ante el sepulcro santo y callosas las manos de empuñar las armas fulminantes; caracolean en caballos briosos las damas y las reinas formando aquellos escuadrones de amazonas á quienes llamaba la poesía vulgar de los tiempos guerreros los escuadrones de las cujas de oro; mas entre tanta poesía y entre tanto entusiasmo, la duda estalla, el desengaño sobreviene, la rivalidad y la competencia envidiosa intrigan, la traicion hiere, los cruzados legendarios que en Jerusalem quedaran aparecen afeminados y enriquecidos con mas sed de goces que de guerras; traiciona á los cristianos el jefe de la cristiandad oriental, es decir, el Emperador de Constantinopla; desdeña el César alemán seguir al rey francés y el rey francés obedecer al César alemán; los ejércitos pierden toda disciplina como los individuos toda idealidad; y el mismo San Bernardo, motor de tan extraordinarios sucesos, declara en voz alta á quien quiera escucharle que la segunda cruzada no ha resultado en los designios de Dios una victoria, sino un castigo.

No faltan virtudes guerreras á fines del siglo duodécimo, semejantes á las virtudes de cincuenta años antes, lo que falta es una virtud moral y religiosa, lo que falta es la fe, á cuyos impulsos se hacen los milagros. El feudalismo franco, que ha quedado en la Tierra Santa, heredero de las divisiones naturales en semejante estado social, no contrasta ni puede contrastar la fuerza de los infieles juntos en fe tan poderosa como la fe mahometana y mandados por guerrero tan feliz como el gran Saladino. Guardaban las ciudades cristianas de Palestina algunos caballeros de la fe y de la pujanza, por ejemplo, de un Balduino II ó de un Reinaldo de Chatillon; pero no bastaban á superar el grandioso imperio de sus enemigos, en el cual, si bien los califas quedaban reducidos á la triste servidumbre del Califa de Bagdad, encerrado en palacio semejante á un templo por su riqueza y semejante á una cárcel por su clausura, como las jaulas áureas guardadoras de sus innumerables pájaros, en cambio los visires cogian el estandarte y el alfanje, mandando con inteligencia tal á sus pueblos y dirigiendo con fortuna tanta á sus soldados que constituian

militares imperios, á la continua presididos por el genio inmortal de la victoria. Basta citar los nombres de Nuredim, de Schircis, y de Saladino. Hijo este del desierto, recibia y guardaba la idea de Dios con la devoradora sed con que el desierto puede recibir y guardar la lluvia del cielo. Con los humildes humildísimo, con los arrogantes soberbio, con todos humano; cuidadoso del soldado y justiciero para el emir; en sus costumbres austerísimo, casto en su lecho, sobrio en su mesa, implacable en los combates, generoso en los triunfos, caballeresco cual un cruzado y creyente cual un profeta; deshizo á los cristianos en la guerra y los desconcertó cuanto pudo en su fe; mostrándoles, despues de haberles mostrado la fuerza de su brazo, cómo podia un musulman, á pesar de su religion, tener virtudes dignas de seguirse y de imitarse en todas las religiones y por todas las creencias.

El último de los Balduinos acababa de morir abrasado por la lepra, cuando le sucede Guido de Lusignan, hecho de caballero rey por su esposa Sybilla, verdadera poseedora del trono de Jerusalem, al cual la elevó el voto unánime de todos los reinos feudales. Entre los príncipes de estos descollaba el célebre Reinaldo de Chatillon, á quien antes mencionáramos; dado á correrías continuas, cuyo fin era molestar las caravanas piadosas en su peregrinacion á la Meca; fin jamás perdonado por Saladino, que en Alha jurara matarle con su propio alfanje por tamaños desaguisados; los cuales, á pesar de estas amenazas, continuaron, hasta el punto de coger prisionera un día nada menos que á la misma madre del Visir amenazador. Y no fueron, no, mentidas las amenazas, sino con creces y aumentos terribles verdaderamente cumplidas. A las orillas del Jordan, cerca de Tiberiades, en aquellos sitios consagrados por las predicaciones de Cristo, sucumbió el ejército cristiano al empuje de árabes, turcos, egipcios y kurdos reunidos, si es dado hablar así, en infiel cruzada. Allí se desbandaron las huestes piadosas como las avecillas atacadas por los gavilanes; allí se rindieron prisioneros el monarca y sus mas valerosos feudatarios; allí se entregaron al enemigo alfanje los templarios caidos por defender y salvar el madero de la verdadera cruz, que presidía, como un lábaro santísimo, la marcha de nuestros ejércitos, sosteniendo al combatiente en sus esfuerzos y confortando al mártir en su agonía y en su muerte. Los cautivos llegaron á tanto número que no se encontraban cuerdas para atarlos; cayeron

los gentiles-hombres en tal menosprecio que algun par de ellos, repartidos como botin y despojo entre los vencedores, fueron cambiados por un par de babuchas; Reinaldo pereció á manos del mismo Saladino que usó para decapitarlo su mas cortante alfanje; desde la ciudad, cuyos muros oyeran el sermón de la montaña, hasta la aldea cuyo portal presenciara la alegría de los pastores de Nazareth y de los reyes de Oriente, sucumbieron de nuevo y entraron en los serrallos musulmanes; cayó Jerusalem y pagaron rescate los sucesores de Godofredo de Bouillon; la cruz áurea, que remataba la cúpula del Santo Sepulcro, rodó por los suelos como un objeto infame y las iglesias, que resonaban con los Misereres de David, oyeron el canto sensual de los musulimes; salió el pueblo católico, cual en otro tiempo el pueblo judío, al cautiverio, llevando los sacerdotes sus cálices y sus reliquias en las manos, los jóvenes sus abuelos en hombros, las mujeres sus hijos en brazos, todos desolados y heridos todos por una desesperacion sin ejemplo; y en el mismo aire se mezclaron y confundieron los lamentos de los vencidos, que no sabian dónde guarecerse, y los hosannas de los vencedores que purificaban con agua de rosas traída adrede de Damasco la mezquita de Omar y colocaban los Koranes en los atriles, llenando la ciudad de Dios con los irreverentes himnos al implacable Alah y á su Profeta, victoriosos y establecidos en aquellos santuarios, para dolor de los cristianos de Oriente, ó fugitivos ó esclavos, y para vergüenza de los cristianos de Europa, si no iban corriendo á tomar desquite de tan atroz afrenta.

La noticia voló con esas prestísimas alas que toman todas las noticias funestas. El terror y la pena adquirieron proporciones inmensas en la Europa católica. El Papa Urbano III murió de repente al saberlo. Los misioneros daban alaridos por las calles y las encrucijadas contando que la ciudad santa acababa de caer en manos de los infieles. Los frailes recorrían las poblaciones llevando losas y piadosos cuadros en que Mahoma pisoteaba horriblemente á Cristo. Un caballero ofrecía á las miradas relampagueantes de los cristianos escultórica reduccion del sepulcro de Cristo, en el cual se orinaba un caballo árabe. Las iglesias todas resonaban con los trenos de Jeremías. Oían los pueblos con horror aquellas estancias que presentaban la reina de las naciones viuda, la señora de las ciudades tributaria, sus caminos desiertos, sus puertas

desoladas, sus sacerdotes afligidos, sus vírgenes llorosas; los destinados á defenderla fugitivos y los destinados á cantarla mudos; el pueblo en manos de los enemigos, los santuarios violados por los infieles, el yugo puesto sobre la cerviz erguida al cielo, la destruccion reinante en sus fortalezas, los palacios trocados en cabañas, los profetas con la cabeza cubierta de ceniza, y las generaciones aplastadas en las vías dolorosas bajo los piés del vencedor como las uvas en el lagar bajo las pisadas de los vendimiadores; que toda Jerusalem era una desolacion. Así no es mucho que los Papas contaran á los reyes, los reyes á los pueblos, los pueblos á sus vecinos y hermanos la caída de Jerusalem bajo el poder de los infieles y la necesidad imperiosa de rescatarla y redimirla en breve plazo. Y efectivamente, parecia que conspiraba todo á este fin. Los Papas reconciliaron á las ciudades de Italia entre sí enemigas, las vencieron á súplicas, obligándolas á ofrecer y procurar naves y gentes marinas; la maldecida Pisa envió sus flotas en socorro de Tolemaida y la guerrera Génova recogió los embajadores de la Santa Sede á la sombra de sus velas para conducirlos á todos los reinos cristianos y moverlos á una accion y á un pensamiento comunes; el obispo de Tiro, anciano venerable, anduvo con los piés descalzos y la cabeza descubierta, pidiendo gentes de socorro cual pudiera pedir limosna un pordiosero; predicaron la cruzada en lengua latina los clérigos por las plazas, por los campos, al pié de los castillos y de los tronos, mientras en lengua vulgar la cantaron los trovadores, cuyas trovas, acompañadas de melodiosa música, encendían á un tiempo el amor en los sentidos y el entusiasmo en las almas; los reyes de Hungría, los sultanes de Iconia y los señores de Armenia franqueaban los caminos; movióse el emperador de Alemania Federico Barbaroja con poderoso ejército; los monarcas de Francia y de Inglaterra se dieron el ósculo de alianza y los soldados de aquel se grabaron la cruz roja en peto blanco y los soldados de este la cruz blanca en peto rojo; alcanzaron los cruzados el perdón á sus culpas, el amparo á sus familias, el seguro á sus propiedades, el olvido á sus deudas, prometidos por la Iglesia; y los caballeros del Temple y del Hospital requirieron los diezmos santos y armaron sus brazos con fervor tal que diríanse resucitados á la vida los héroes inmortales y vueltos á la historia los tiempos épicos de la primera Cruzada.

¡Engañosa ilusion! Todos estos monumentos históricos no retroceden, no,

en sus consecuencias como no retroceden los rios en su curso. Los sentimientos, que movieran las primeras cruzadas, habian muerto; y las ideas que las animaran, se habian perdido. Un golpe tan rudo, como la caida de Jerusalem, despertaba naturalmente fervor grande en corazones enardecidos por una fe inclinada á su ocaso. Pero esta fe, aunque acababa de trasponer su zenit, no tenia la virtud y la luz que en el zenit mismo, y por tanto no avivaba aquella antigua cosecha de heróicas acciones. Cierta sentimiento de mutua tolerancia, nacido de cierta robustez mayor en la razon humana, alentaba y sostenia á unos y otros enemigos, los cuales mas parecian aparejados para un torneo que para una guerra. La primera cruzada coincidia con los principios del siglo, la segunda con la mitad, la tercera con el fin. En período de cien años habíanse renovado las generaciones: que el árbol de la vida humana tiene tambien sus primaveras fecundas y sus hojas tiernas y verdes. Y en esta renovacion las nuevas generaciones traian pensamientos y afectos muy diversos de los pensamientos y de los afectos que anidaban allá en las generaciones precedentes. Y los sentimientos y las ideas son, á no dudarlo, en la mecánica social como las fuerzas en la mecánica celeste. Y no pueden levantarse instituciones ni establecerse leyes contrarias á lo que anima y mantiene verdaderamente la vida. De un modo insensible, por series de sucesivas evoluciones, la razon humana penetraba á través de la fe como penetraba la democracia á través del feudalismo. Y la fe en sus ardores, despues de la gran reforma de Gregorio VII, habia hecho milagros, que no podia hacer la razon en sus comienzos. Pero los efectos se veian y se tocaban, aunque no se viesen ni se tocasen las causas. Y el capitalísimo efecto de todo este grande movimiento social era que las cruzadas perdian su vigor y dejaban de dar los antiguos resultados, indicando así que llevaban dentro de su seno como un gérmen de la revolucion religiosa. Y para ver con evidencia irrefragable cómo cambiaban las ideas, no hay sino ver tambien cómo cambiaban los hechos. Vamos á verlo.

Federico Barbaroja, que encabeza la tercer cruzada, muere ahogado en rio de las fronteras del Asia, despues de haber sentido todas las contrariedades opuestas á sus empresas por la perfidia de los griegos de Constantinopla. El nuevo emperador, Federico de Suabia, sucumbe al año, muerto en parte á los

achagues de su temperamento y en parte á las tristezas de su alma. Ricardo de Inglaterra combate en camino á Tancredo de Sicilia, y planta el pabellon británico en la ciudad de Mesina. Felipe Augusto de Francia se enemista con Ricardo de Inglaterra y pide auxilio á los sicilianos para exterminar á los ingleses, pensamiento que no llevó á término por haberle estos dado la mitad de sus depredaciones. En cambio Ricardo conquista la isla de Chipre y encadena á su reyezuelo con cadenas de plata. Seiscientos mil cristianos de todas las naciones europeas sitiaron á San Juan de Acre y musulmanes de todas las familias asiáticas lo defendieron. Ricardo se elevó sobre todos por su ira exterminadora, como un azote de la naturaleza. El feroz rey de Inglaterra parecia un volcan asolador. Corazon de Leon le decian los suyos. Mataba como si tuviera en sus manos la guadaña de la muerte y en sus fuerzas el genio de la destruccion. Como hiciera miles de prisioneros en una ocasion, y no los rescatara su señor, los degolló á todos. En el continente de las batallas asustaban las madres á los niños con la mencion no mas de su nefasto nombre. Siempre que iba á un combate, volvía erizado de flechas. No le creian un hombre, sino uno de esos dioses del odio á quien la naturaleza ó la Providencia confian el ministerio horrible de la devastacion y de la matanza. Sus pasiones le llevaban á la rivalidad con sus colegas, rivalidad que muchas veces se confundia con la guerra. Bien es verdad que, si la toma de Jerusalem unió á los cristianos en un sentimiento, no pudo conservar esta union por mucho tiempo. Mirábanse de mal ojo pisanos y genoveses; indisponíanse á cada paso templarios y hospitalarios; llamábanse reyes de Jerusalem dos príncipes, uno de ellos sostenido por Francia y otro sostenido por Inglaterra; caian las banderas alemanas de los muros á las cloacas arrojadas por manos católicas; atribuia Felipe Augusto sus enfermedades á venenos de Ricardo de Inglaterra; y cada pueblo cristiano, cada ejército de la Cruz, cada legion europea aparecia mas contraria de sus propios amigos y compañeros que de los infieles musulmanes. El sitio de Acre se prolonga como el sitio de Troya; una ciudad nueva se levanta en torno de la ciudad antigua; los torneos, en que cristianos y musulmanes van á ostentar su respectivo valor, suceden á los combates; el comercio cambia los productos y el trabajo asocia las fuerzas; corren los nuestros á las tiendas musulmanas y los musulmanes á las tiendas nuestras como si